



# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

La virtud ciñe una corona de espinas, para ceñirla después de rosas. (Conclusion.)—Recuerdo; poesía.—Ayer y hoy.—La verdadera virtud.—Modas.—Esplícacion del figurin.—Esplícacion del pliego de dibujos y patrones que repartimos con el número anterior.

### LA VIRTUD CIÑE UNA CORONA DE ESPINAS, PARA CEÑIRLA DESPUES DE ROSAS.

(Conclusion.)

—¿Reconoceis ahora por vos mismo lo vulnerable de los corazones no formados todavía?... Pronto ha llegado el ejemplo. ¡Sois un niño! Hace poco defendíais con ardor nuestras pequeñas mujercitas, y ahora os gustan las matronas romanas. ¡Qué fijeza de ideas tiene la infancia!

El amigo de Arturo, después de reírse de la inesperienza del joven, le dió un golpecito en el hombro y se alejó de él; porque se iba á proceder al acto más grave y solemne para las criaturas.

Si tanto imponen los matrimonios hechos por amor, ¿qué será aquellos donde solo la codicia y el interés pronuncian un juramento que nada puede ya quebrantar? ¡Horrible debe ser este lazo para los que caminan al pié del altar, sin sentir palpar sus corazones de entusiasmo y alegría!

Cárlos y Elvira apenas se atrevían á mirarse; pero era tal su dicha y arrobamiento, que si sus ojos llegaban á encontrarse, casi se oscurecían, y perdían ambas cabezas su razon y no veían delante de sí lo que les rodeaba, sino un cielo formado para ellos, donde esperaban disfrutar una dicha inefable y superior.

La corona de rosas había ceñido las sienes de la pobre mártir, que tanto tiempo la llevó de espinas.

Aun no quería creer en tanta felicidad.

¡Elena! La misma Elena, la había obligado á que subiese á la cumbre de la dicha, donde ella también caminaba, con el sér que había elegido. Este valía mucho; pero si cualquier



observador hubiese estudiado á Elena interin la ceremonia de esponsales y en el baile, durante esta noche habría visto á la jóven más de una vez mirar á su primo Carlos, y enjugarse con precipitación una lágrima diciendo interiormente:—¡Sean felices! ¡Siempre ignoren que por verlos dichosos he sacrificado mi corazón!

Entonces procuraba distraerse y miraba á su esposo, creyendo, no sin razón, que con el tiempo le amaría; pues era digno de inspirar una pasión verdadera.

Luis Rivadeneira García era un jóven abogado de reconocida nota, bastante rico por su familia, y además distinguido literato, que por encubrir con modestia bajo un seudónimo su verdadero nombre, no brillaba todo lo que debía brillar; pero que sin embargo, su buen juicio, sano criterio y erudición profunda, hacía que se le considerase donde quiera y se le tuviese en mucho. Su figura era en extremo agradable, y cuando se fijaban en otro sér sus ardientes ojos negros, era difícil resistir el fuego de sus miradas: además era natural y esbelto por naturaleza, y su elegancia no necesitaba de las manos de Utrilla ni Aimable para ser superior y esquisita. Además tenía una forma de mano aristocrática, cosa que agrada mucho á las mujeres, y una manera de fumar graciosa y caballeresca.

Con dotes morales de valía, y una presencia simpática, es fácil que una mujer llegue á amar á su marido, aunque se case enamorada de otro, salvo ciertas almas privilegiadas que solo aman de veras una vez, como la constante Elvira.

Lo más natural y frecuente en las mujeres es que amen más que á ninguno al hombre con quien se casan, acaso porque solo á este les es permitido revelarles los tesoros de su amor; por eso siempre se confía, cuando vén los padres que sus hijas aceptan con desagrado un enlace, en que el día de mañana no será lo mismo. Suelen acertar con frecuencia, pero... ¡qué doloroso debe ser si se equivocan!

Lo cierto es que Elvira era feliz, y Elena aun no había conseguido amar del todo al hombre con quien acababa de unirse para siempre; así es que cuanto más huía de mirar á Carlos, más

sus ojos rebeldes é inquietos le buscaban maquinalmente.

Sucede con los ojos lo que con la memoria, que como ya ha dicho un célebre escritor:—*«Querer olvidar, es acordarse constantemente de lo que deseamos dar al olvido.»*

Así es que la mirada de Elena vagaba sin cesar entre Elvira y Carlos, admirando el placer de aquellos dos seres nacidos el uno para el otro, como el álamo para que se enlace la yedra. Ella no era feliz, es cierto, pero tampoco desgraciada del todo, porque había hecho la felicidad de dos criaturas que tanto la amaban.

#### XIV.

##### El lazo de los hijos.

(Conclusion.)

Ya no está triste Elena: han pasado tres años de su enlace, y tiene dos hermosos niños, blancos y rosados como los ángeles del cielo. Si su madre les pusiese alas se confundirían entre los querubines.

Elena ama al padre de sus hijos, si no con arrebatado amor, con esa ternura más duradera que las pasiones volcánicas.

Muchos días ván convidados sus preciosos pequeñuelos á casa de Elvira: esta no tiene hijos, y su salud está muy debilitada; pero Carlos, siempre bueno y amoroso, no se separa de ella, cuidándola con delicado esmero.

Son dos parejas felices, si es que la felicidad existe en la tierra.

Barbarini y su familia viven con ellos como unos buenos amigos, más bien que como criados.

Elvira sabe que morirá jóven. Sus penas y amarguras pasaron; pero ateniéndonos á lo que dice Arolas, en estos preciosos versos:

Mirad de qué modo

se saca una flecha

dejando sin brecha

la parte que hirió..., no es posible sufrir tanto sin que la naturaleza se quebrante.

Pero ¿qué importa? Logró su felicidad; y si la ley humana es morir, más vale que sea en brazos de la felicidad, que no en los de la desesperación y la amargura.

FIN DE LA NOVELA.

ROGELIA LEON.



## RECUERDO.

A la señorita doña J. P.

A las orillas del Pusa  
se ostentan frescos verjeles,  
que por sus aguas regados  
encantos mil nos ofrecen.  
Flores de bellos matices,  
que rica fragancia tienen,  
y alamedas espaciosas,  
que sombra dan á las fuentes.  
Contemplando tal belleza  
está mi amor sonriente,  
y al escuchar la dulzura  
que el ruiseñor tener suele,  
y el murmullo del arroyo,  
que cual ligera serpiente  
se quiebra en ondas de plata,  
que los peñascos sumerjen;  
en éxtasis delirante  
sobre las flores se duerme.  
Reposa, paloma mía,  
reposa tranquilamente,  
que tu sueño delicioso  
no faltará quien le vele.  
Yo, vigilante seguro,  
impediré que te inquieten,  
y adorando tu hermosura  
me verás cuando despiertes.  
¿Y cómo no estar al lado  
de quien mis suspiros cuente,  
antes que el aire atrevido  
sobre sus alas los lleve?  
¿Cómo separar los ojos  
que llenos de amor se encienden,  
de la mujer hechicera  
que vida y amor me ofrece?  
Imposible, ella tan solo  
mi pensamiento suspende,  
y aun cuando quiero la vida  
como á Dios el hombre quiere,  
perdiendo al ángel que adoro  
pidiera á gritos la muerte.  
Me amas y soy venturoso:  
tanta dicha me conmueve,  
y me hace ver otro mundo  
lleno de ricos placeres.

Tranquila duerme, alma mía;  
nada tu reposo altere,  
que junto á tí, enamorado,  
me verás cuando despiertes.

GABRIEL BUENO.

## AYER Y HOY,

POR

DON EUSTAQUIO PEREZ DE LA CUESTA.

## BALADA.

«Los señores gozaban de privilegios exorbitantes y tiránicos, en tanta que los vasallos no podían ni aun respirar el aire de que la Providencia nos ha hecho tan amplia donación.

J. M. LOPEZ.»

Pueblo, piensa y espera. Todo martirio tiene su tercero día.

EL AUTOR.

## I.

Es de noche.

Zumba el aquilon. El cielo está anubarrado.  
Las nubes arrojan torrentes de agua sobre la cabaña de Juan. Un rayo de luna se quiebra en las rocas cubiertas de nieve. Todo anuncia en la naturaleza un combate pavoroso.

## II.

Un perro lanza ahullidos lastimeros al escuchar un golpe ronco en la puerta de la cabaña.

Una mujer, blanca como el mármol de Naros, abre la puerta; y un hombre, envuelto en un tabardo de paño tosco, penetra en ella.

—¿Y bien, Juan, le has visto?—preguntó la mujer.

—Vengo calado hasta los huesos.

—Pero el señor....

—Tiene un corazón de hiena: si no le pagamos, me encarcelará mañana en el castillo.

—¿Conque no hay remedio?

—Uno solo.

—¿Entiendo!... ¡Nuestra hija!... ¡Consuelo!... ¡Ah!

—¡Voto á bríos! ¡No sé cómo no le he despedazado! ¡Darle mi hija! ¡Primero me dejaría arrancar el corazón por el verdugo! Calla... Esa voz....

—¡Es ella! ¡Ella! ¡Pobre ángel! Canta la ple-garia que la enseñó su hermano antes de partir á la guerra.

—Escúchala; su voz parece un eco del cielo.



¡Reina de los ángeles, protéjémela! ¡Sed su égida!

### III.

*La hija. — El déspota.*

La aurora riela en el diáfano azul de los cielos. Las flores lloran rocíos de placer. El infinito, centelleante de hermosura, pregonaba el poder de Dios.

Bajo el ciprés, cuyas hojas coloreadas de un azul de muerte, cobija la cabaña, está pensativo un hombre.

Viste terciopelos recamados de oro. Lleva espada cincelada; manto de púrpura.

Su altiva frente aparece fija sobre la puerta de la cabaña, torturada sin duda por un pensamiento infernal.

De repente se abre la puerta y se presenta una figura vaporosa.

El infanzon corre presuroso á detenerla y la lleva junto al ciprés.

—Tu resistencia es vana, Consuelo, — exclamó; — Dios lo ha querido, y sin tí aborrezco la existencia. Si hoy no eres mía, jamás volverás á ver á tu padre. Dentro de una hora le llevaré á mi castillo; no me podrá pagar, y tengo el derecho de entregarle en poder de mi verdugo. Tú vas á ser su juez.

Consuelo llora: su frente, diáfana como la corola de la margarita, se impregna de esa palidez mate, que es el distintivo de los martirios del alma. Ángel que no tiene una culpa que llorar, ni un remordimiento que sufrir, siente en el albor de la vida el primer pesar abrasador que brota de las miserias terrenas. Feliz como la alondra, no sabe aborrecer, sino cantar la gloria de Dios á compás de los ecos celestiales de la armonía universal, aleteando de júbilo bajo el ala de su madre: no conoce el mal; no ha manchado su pensamiento el cieno del pecado: es el bello ideal de la inocencia caída del cielo á este desierto árido, asiento de las lágrimas, para divinizarse en el altar del infortunio.

— ¡Misericordia para mi padre! — dijo; — ¡apiadaos de mi dolor! ¡Es el llanto de una hija tan elocuente, que hasta las rocas se estremecen: vos no sereis una roca!

El mónstruo lanzó una carcajada que semejava un rugido del averno.

—Tu amor ó su suplicio, — contestó; — vas á

enseñorearte en mi palacio ó le envío á la picota. Te amo: Dios robó á los ángeles su hermosura para estamparla en tu rostro. Antes que resignarme á perderte, consentiría que el universo entero se desplomara sobre mi frente. Tu amor ó su suplicio. Aguardo de tus labios la sentencia.

Consuelo se arrodilla ante la cruz de una pobre tumba que guarda los restos de sus mayores.

Inclina la frente sobre aquel mármol frío, que recibe sus lágrimas candentes. Parece la azucena marchita en brazos del ábrego.

Se levanta muda como el espectro de la fatalidad; eleva al cielo sus ojos azules con espresion desgarradora, y tendiendo una mano al conde, le dice con la fría espresion del acento de la muerte:

—Llevadme; debo salvar á mi padre.

El infame rugió sordamente de alegría: la colocó en el arzon de la silla y partió.

Poco despues se perdieron tras el rastrillo del puente de un palacio feudal.

### IV.

*La madre.*

El perro ahulla lastimeramente.

Juan regresa cansado á la cabaña. Su frente está cubierta de sudor. Sus ojos, inyectados, llamean de rabia. Sus labios, crispados por el ardor de la fiebre, pronuncian una blasfemia.

Magdalena le sonríe con ese histerismo que anuncia la tormenta reprimida de ardientes pesares.

—Juan, —le dice, — ¿y Consuelo, y mi hija?

— ¡Tu hija! ¡Pídesela á Dios!

La madre lo comprende todo. Sale de la cabaña; se acerca á la tumba; lanza un grito profundo que desgarrá sus pulmones, y cae sobre el sepulcro de sus padres.

Juan la levanta; la mira; una arruga sombrea su frente; sus labios se contraen por una espresion convulsiva; no reconoce á Juan. ¡Está oca!

Y Juan gritó roncamente elevando al cielo una mirada indefinible:

— ¡Maldita sea la tiranía!

Y los ecos del mundo repitieron: ¡Maldita! ¡Maldita!



V.

El hermano.

Un día llegó á la cabaña de Juan un soldado.  
La cabaña estaba desierta.

—¡Trueno de Dios! ¿Dónde está mi padre?  
¡Ah, ah! Este viejo lobo de la montaña.... Pero,  
¡cielo! ¡Aquella sombra que se vé allí cerca de  
la tumba!... ¡Si, sí! ¡Ella debe ser mi madre!  
¡Voto vá! En la guerra me llamaban *Corazon  
de acero*, y aquí estos ojos.... ¡Ah! ¡Es tan  
santo, tan vehemente el amor de un hijo que  
ha estado seis años separado de su madre!...

Y el guerrero se dirigió á la tumba.

Sobre la losa de piedra yacía una mujer,  
cuya frente se posaba en ella.

—¡Madre, madre! ¿No me conocéis? Soy yo;  
yo, el que arrancó el señor de vuestros brazos  
para seguir su bandera. He vertido muchas  
gotas de sangre; pero todavía puedo vivir para  
amaros, para bendeciros.

Magdalena le dirigió una sonrisa de indefini-  
ble amargura.

—¡Yo no tengo hijo! —balbuceó con acento  
desfallecido. —El que tenía murió sirviendo al  
señor; por eso lloro sobre esta tumba.

—¿Qué dice? ¡Dios mío, está loca!

—Soldado, vé á abrazar á tu madre. Te es-  
pera con ansia, con ansia. ¡Es el amor de una  
madre tan inmenso! ¡Triste de mí! También yo  
era madre. También amaba yo á mis hijos;  
pero ya.... ya.... ¡No los tengo! El señor me  
los ha robado.

(Se concluirá.)

EUSTAQUIO PEREZ DE LA CUESTA.

## LA VERDADERA VIRTUD.

La modestia puede considerarse  
como la gran puerta de oro que im-  
pide la entrada del vicio y la salida  
de la virtud.

(SEVERO CATALINA.)

La virtud es más aromática que el perfume  
de las flores; más cristalina que el agua desti-  
llada; más agradable y bella que las tintas de  
la aurora, y más refulgente y pura que los do-  
rados rayos del sol.

En general se llama virtuosa la persona que  
no falta á las leyes del honor y que vive en

sociedad, llevando la refulgente aureola del  
buen nombre y la reputación acrisolada.

Este buen nombre, unas veces es justo y  
otras adquirido, sin tener para ello todas las  
dotes que justifiquen tan sagrado título.

Porque la virtud es un jardín delicioso que  
encierra flores distintas, puras, fragantes y  
hermosas; porque las cultiva Dios con su sabi-  
duría, bondad y poder infinito.

La virtud consta de tantos perfumes, como  
sagradas emociones puede sentir el alma cristia-  
na que la lleva consigo.

La sola cualidad de huir ciertos vicios, nos  
constituye una verdadera y sólida virtud.

Huir las seducciones del amor, y no dejarse  
vencer de sus engañosas astucias y atractivos,  
es lo que el mundo considera como el mayor de  
los hechos de abnegación y virtud; pero si bien  
es grande y heroico resistir las luchas del cora-  
zon, lo es doblemente cuando esta dignidad y  
resolución admirable, se alberga en el pecho  
de un sér desgraciado á quien su suerte contra-  
ria le arroja en el precipicio, esponiéndole á  
la prueba.

Una virtud sin lucha no es verdadera virtud.

Por eso Dios ofrece pruebas amargas, que  
después dulcifica con su infinita bondad, á fin  
de conocer cuáles son aquellos de sus hijos  
que están dispuestos á sacrificarse en holocausto  
suyo.

¿Qué mérito tiene la virtud en un sér que no  
ha sufrido, que no ha tenido acerbas privacio-  
nes, que no ha experimentado crudos dolores,  
ni ha tenido indignancia, ni sed, ni hambre, ni  
desesperación?

La vida que se desliza sin alternativas de  
esta especie, es como el arroyuelo que no debe  
enturbiarse nunca, por lo pausado y tranquilo  
de su corriente.

El que quiera saber el valor de sus fuerzas  
morales, pida á Dios sufrimientos.

El que no ha sufrido desengaños ni turbulen-  
cias ni embates de la fortuna, puede á poca  
costa ganar el renombre de virtuoso, con una  
poca bondad y un tanto de cariñosa dulzura.

Ambas cosas son de escaso sacrificio para el  
que no lleva la amargura ó la desgracia en el  
fondo del corazón.

Y sin embargo, aquel que más padece, suele



ser el más resignado y dulce. ¡Cuántas veces equivocamos la resignacion con la felicidad!

¡Cuántas veces envidia el opulento la dulce sonrisa del pobre, ó la sencilla alegría que demuestra su semblante!

¿Y qué es esta alegría, qué es esta sonrisa? La santa resignacion y la sencilla modestia.

La vanidad y el orgullo, jamás pueden sonreír con satisfaccion.

Porque ambas pasiones alejan de la virtud.

Un sér orgulloso, no puede llamar hermano al pobre, porque se juzga superior á él, y si por vanidad le socorre en público, le desdena en secreto, y entonces esta obra no es meritoria, ni para Dios ni para la conciencia.

La virtud tiene por compañeras, ó más bien forman su conjunto, la religion, la caridad, la modestia, la humildad y la resignacion.

Ofrecidle oro, mucho oro, á una persona virtuosa que perece de hambre porque cometa una bajeza ó una irreverencia contra su divina fé, y le vereis rechazar indignada la fortuna y alzar los ojos al cielo para decir á Dios: «Padre mio: ¡aún puedo resistir más! ¡cúmplase vuestra voluntad divina!»

Todos los azares y amarguras de la vida no hacen sufrir á un sér virtuoso, como mirar cerca de sí el cuadro de la corrupcion y el vicio.

¡Oh, qué grandes y qué peregrinos cuadros ofrece la pobreza, cuando está circundada por la aureola de la virtud!

¡Sublime sentimiento, que eleva y engrandece, como ninguna riqueza de la tierra!...

¿Quién no se arrodilla é inclina la frente ante un sér que nos domina y atrae por la belleza de sus virtudes.

¡Cuántas veces bajo un harapiento vestido, encontrais un corazon lleno de nobles sentimientos, que os hace humillar la cerviz, conociendo la superioridad!

¿No fué nuestro Redentor el primero que nos enseñó á amar la virtud, bajo las formas de la humildad y la pobreza?

¡Sí! ¡él! ¡nuestro divino Dios, que con un traje humilde y una condicion modesta y cariñosa, imploraba del hombre la limosna del compasivo, la fraternidad del hermano!

¡El, tan poderoso como grande, caminaba

pobremente, cual el infeliz que demanda á las puertas del templo «una limosna por Dios!»

¡Ay! ¡cuántos pasan, sin detenerse á mirar, la semejanza que ofrece con nuestro Criador el triste pordiosero que detiene nuestro paso, presentando su mano para recibir el socorro!

Si no se lo dais, baja la cabeza tristemente, y perdona vuestra dureza, como Dios perdonó á los que le ofendieron; y si os apiadais de su indigencia y depositais en su descarnada mano una pequeña parte quizá de lo que os sobra, él os bendice y ruega por vosotros.

¡Cuántas bendiciones derrama sobre vuestras sienes cada accion generosa y humanitaria que ejerceis con vuestros semejantes!

Y sin embargo, no conoceis, que esta es la verdadera virtud, y que el orgullo y la altanería solo sirven para alejarnos de Dios y recibir la execracion del mundo.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

## MODAS.

### Correo de señoritas.

Los trajes de campo ocupan en este momento á las modistas. La semana próxima podremos ocuparnos de ellos, pero entre tanto pasemos revista á las cosas interesantes de que nos habemos de proveer antes de partir.

El foulard es el tejido que figura en primera línea. Su uso es general, habiendo adquirido una boga inusitada.

Además de las preciosas disposiciones descritas en otros números, la *Malle des Indes* se ha enriquecido con una notable coleccion de foulards shang-haï, tela de una calidad extra y de un precio más elevado, pero de notable belleza. El shang-haï es todo de un color, y existe sobre todo en las tintas cruda, azul de Turquía, gamuza, fieltro, gris, cuero y reseda. Las grandes modistas lo emplean en confeccionar trajes con rotondas iguales que se guarnecen de encaje ó de guipure. Estos trajes son *grandes-dames* en el más alto grado. Hay tambien en la *Malle des Indes* una turba de dibujos nuevos sobre foulards, de hermosa calidad, generalmente de dibujos menudos. Las rayas espacia-



das sobre fondos blancos, se escojen para trajes de sociedad; á las aguas y al campo se adornan de escarolados de tafetan igual á las rayas, lo que es de un efecto encantador.

Las toilettes de *Madame Alexandre Ghys* son sumamente variadas y se las halla en todos los grandes círculos de elegancia. *Madame* la marquesa de C... se ha mostrado con un traje de estío *gris polvo*, dispuesto á *ruches*, lila á derecha é izquierda, con bridas de terciopelo negro, fijas por un boton á cada extremo. Las bridas aminoran hácia el talle. El cuerpo era con una punta delante y tres detrás, redondas y bordeadas de un *ruche* lila; dos botones indicaban el talle. Tenia un *ruche* sobre el cuerpo que se detenía debajo del brazo á estilo de los cuerpos españoles; el *ruche* seguía la vuelta del cuello, pero nó el borde. Este *ruche* estaba atravesado por terciopelitos negros fijos con botones. Las mangas de codo, guarnecidas del mismo *ruche* lila, siguiendo el borde á distancia de tres centímetros y remontando hácia la vuelta, un poco antes de la costura. Este elegante cuerpo se ocultaba en parte, bajo una oleada de encajes negros, sujetos á una mantelita nuevamente creada por *Mme. Leclerc-Collot*.

Otro traje de la misma modista era igualmente de tafetan de estío, blanco, mosqueado de motitas negras bordadas, guarnecido de *ruches* blancos y negros, bordeados de encaje de Chantilly, colocados á medios dientes grandes redondeados, reuniéndose solamente por abajo. El adorno del cuerpo estaba en conexión con el de la falda; las mangas eran semi-anchas. El cuerpo tenia por detrás una larga aldeta cuadrada.

Merecen mencionarse dos toilettes de jóvenes, una de *mohair gris claro*, traje y cuello iguales, guarnición marrón en tafetan, trazando cabos cuadrados, encontrándose unos con otros.

El segundo traje se compone de una vesta española con cintura y falda de alpaca blanca, guarnecida de una banda negra bordada.

Las vestas de interior se llevan con camisetitas plegadas ó bordadas, más ó menos enriquecidas de encaje.

Se vén en la calle algunos sombreros redon-

dos, pero el buen gusto los reserva para el campo. Hay algunos de crespón blanco con un plegado de tul *malines* sobre el borde del ala, con transparente rosa; una mazorca de plumas sobre el copete, bridas de tafetan rosa, y un interior de botones de rosas sobre un encañonado de tul. Los interiores se guarnecen de mil modos diferentes; los lados se reemplazan con bullones, y encañonados de tul guarnecen la parte de dentro con flores, plumas ó pouffs de cintas.

Nada más fresco que una capota de crespón verde con el fondo de crespón blanco, adornada de un *fanchon* de crespón bordeado de un encañonado. Mazorcas de violetas, mezcladas de yerba, por dentro y por fuera.

Otra de crespón gris Habana, guarnecida sobre el borde del ala con cinta bordeada de un encañonado, formando Marie-Stuart; un cuadrado de encaje negro, un *ruche* de crespón calado, rosas encarnadas y un interior blanco, terminan el adorno.

La misma capota de crespón lila, tiene un bavolet de blonda; la blonda dispuesta sobre el borde del ala permanece un poco levantada y flotante; dentro y fuera mazorcas de violetas del mismo matiz.

*Les Demoiselles Romain* no se desmienten nunca, y sus sombreros llevan siempre el sello de la coquetería y de la gracia. Dígalo sinó un sombrero de crespón blanco con el borde del ala blanco; caperuza de plumas iguales tan ligeras y vaporosas que es imposible decir como están fabricadas.

La *maison Leclerc-Collot* ejecuta deliciosos trajes de interior.

No deben pasar desapercibidos, uno de cachemir blanco bordeado de tafetan azul bordado; y otro de alpaca gris claro adornado de bieses en tafetan verde. Estos bieses estaban bordados.

Las faldas sin adorno se hacen con un falso muy ancho, 15, 20, 30 centímetros. Los adornos se colocan en el bajo de la falda, sea enteramente al borde, sea encima del falso.

Poco de nuevo para los trajes de muselina. Siempre encañonados, bullones, *ruches*, volantes escesivamente pequeños colocados rectos, en bieses, á dientes ó remontando sobre cada



costura. En las telas más espesas, entredoses de guipure con transparentes, dispuestos de mil maneras, cintas de tafetan, cabos de tafetan bordeados de pequeños encajes, lazos aplicados, pasamanerías en gran cantidad, botones y tres ó cinco vueltas de flecos ó franjas graduadas ó colocadas de dos en dos.

Siempre el soutaché, la trencilla, el recamado, los bordados al pasado. Las imitaciones se prodigan tanto, que no dudo decretará pronto la moda su exclusion. Hasta se imitan sobre las telas, y hay algunas confecciones en este género que no aconsejo, pues en mi sentir vale más llevar una rotonda lisa bordeada solamente con un sencillo galon.

Los pañuelos *Alexandra* han alcanzado un éxito brillante, y están en armonía con los trajes de estío. Las viñetas á rayas llenas de flores de lis tienen un sello aristocrático muy adoptado.

Hay en la compañía irlandesa una coleccion de pañuelos encargados por Mme. la Princesa de S..., con su cifra y armas. Muchos son de batista de suma finura, con ancho dobladillo á calado, y cifras de color lila ó pensamiento.

En punto á perfumería, los productos *Oriza de la maison Legrand* obtienen en este momento gran suceso, porque son el *nec plus ultra* de la finura y la suavidad. El jabon *Oriza*, estremadamente suave, creado en particular para las personas de cutis susceptible y fácil de irritar. Crema *Oriza de Ninon de Lendos*, producto extra para el rostro. *Oriza fluido*, pomada nutritiva; *Oriza lis*, perfume delicioso para la ropa y el pañuelo; y en fin, *Oriza Flowers*, polvo de arroz de la Carolina de incontestable superioridad.

Hé aquí objetos dignos para adornar el tocador de nuestras elegantes; se completarán ojeo dia estos detalles.

JOAQUINA DE CARNICERO.

#### ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.<sup>a</sup> Figura.—Vestido de tejido inglés violeta. Talma del mismo color, forma rotonda, guarnecida de una banda de *faye* negro, bordado y perlado de cuentas. La parte alta del traje forma parte de las bandas terminadas por borlas.

Cuello y mangas bordadas. Sombrero de paja con gran lazo de encaje negro, grupo de yerbas, de volubilis y de reseda por delante, y por dentro fruncido de violeta.

2.<sup>a</sup> Figura.—Vestido de tafetan trigo de las Indias, guarnicion de terciopelo compuesta de cintitas cruzadas. El cuerpo adornado en el mismo género, y lo mismo las mangas. Sombrero de crespon gris fanchon, Marie Stuart, grupo de violetas, bridas grises; cuello y mangas bordadas.

Explicacion del pliego de dibujos y patrones que repartimos con el número anterior.

#### Primer lado.—Bordados.

Números 1 y 2. Cuello y puños, bordados á plumetis.

Núms. 3 y 4. Idem idem á plumetis y feston.

Núm. 5. Esquina de pañuelo, aplicacion sobre tul de Bruselas.

Núm. 6. Entredós; punto de posta y minuto.

Núms. 7 y 8. Escudos con cifra, para punta de pañuelo, bordados á plumetis.

Núm. 9. C. L. cifra enlazada, se borda á plumetis y punto de sable y las hojas á punto de pluma.

Núm. 10. Camiseta para niña, á feston y plumetis.

Núms. 11 y 12. Cuellos y puños Ristori; á plumetis.

Núms. 13 y 14. Entredoses; á plumetis y minuto.

Núm. 15. Entredós para enagua ó sábanas á la inglesa.

Núms. 16 y 17. Entredoses que están dentro del cuello núm. 3, bórdanse á plumetis.

Núms. 18 á 37. Alfabeto para toda clase de cifras, se borda á plumetis y punto de sable.

#### Segundo lado.—Patrones.

(*Veste Chasseresse*). Chaquetilla para niña de 10 años.

Número 1. Delantero, formando las vueltas que indican las líneas.

Núm. 2. Espalda.

Núm. 3. Costadillo, la punta marcada con líneas; se levanta siguiendo la que de igual modo se marca en el bajo de la espalda.

Núm. 4. Manga de codo.

Por todo lo no firmado,  
La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1865.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.